



Vol. 5, No. 1, Fall 2007, 12-28

www.ncsu.edu/project/acontracorriente

La dimensión científica en la obra de Neruda¹

Hernán Loyola

Università di Sássari

Los primeros poemas que conocemos de Neruda los escribe en 1918, a sus 14 años de edad. 1918 marca en Europa la conclusión de la Gran Guerra con un pésimo armisticio que determinará muy pocos años después la erupción devastadora del fascismo en Italia y del nazismo en Alemania, hasta desembocar en la Segunda Guerra Mundial de 1939-1945 con sus cincuenta o más millones de cadáveres. Pero 1918 es también el año central de la crisis de la confianza pública en la capacidad de la ciencia y del progreso tecnológico para fundar el mundo de justicia, de fraternidad y de bienestar común que habían soñado los hombres del siglo XIX.

Es difícil imaginar hoy el horizonte de expectativas sociales generadas por Pasteur y su vacuna, por Semmelweiss y sus jofainas, por Franklin y su pararrayos, por Edison y su bombilla, por Morse y su toc-toc-tocotoc, por Bell y su corneta, por Volta y su rana, por Darwin y su chimpancé, por Henry Ford y su modelo T. Hoy día el desarrollo científico y tecnológico ha divorciado del viejo proyecto histórico-político del bienestar común para casarse con las multinacionales y sus cuentas bancarias. En

¹ Esta fue la conferencia inaugural al Congreso Internacional de Nefrología e Hipertensión en Pucón, Chile, el 26 de septiembre del 2007.

cambio ayer—aqueel inimaginable ayer de fines del siglo XIX—los héroes del progreso, de la ciencia y de la tecnología parecían a punto de materializar el decisivo salto en la calidad individual y social de la vida humana, ese salto que habría cancelado todos (o casi todos) los residuos de injusticias y sufrimientos. Al cabo de tanto camino recorrido, la Utopía, la Ciudad Futura estaba por aparecer tras la colina.

Pero sabemos cómo el siglo XX desmintió rápidamente tales expectativas. La guerra ruso-japonesa de 1905 y el desastre del *Titanic* en 1912 fueron sólo lúgubres advertencias de la más colosal catástrofe vivida hasta entonces por la humanidad, la Gran Guerra 1914-1918 con sus 6 ó 7 millones de muertos. Habitados como estamos al horror bélico masivo de los últimos decenios, habituados a un hoy en que los 20 ó 50 ó 100 cadáveres cotidianos en Irak ya dejaron de hacer noticia, nos es cada día más difícil imaginar siquiera el impacto traumático provocado por la Primera Gran Guerra sobre una conciencia pública internacional que aún no se reponía del espanto por las 150.000 víctimas de la guerra franco-prusiana de 1870-1871, la más sangrienta del siglo XIX.

Esta crisis de confianza en el progreso va a determinar contradicciones en campo literario. Por un lado rechazo del prosaísmo científico materialista, por otro una exaltación de máquinas, hélices, aeroplanos, velocidad, en suma, de la maravilla tecnológica moderna. En Temuco, el 12 julio 1920, día de su 16º (decimosexto) cumpleaños, el estudiante Neftalí Reyes escribe estos versos alejandrinos:

*El Liceo, el Liceo! Toda mi pobre vida
en una jaula triste... Mi juventud perdida!
Pero no importa, vamos!, pues mañana o pasado
seré burgués lo mismo que cualquier abogado,
que cualquier doctorcito que usa lentes y lleva
cerrados los caminos hacia la luna nueva...
Qué diablos, y en la vida como en una revista
un poeta se tiene que graduar de dentista!*

[de “El Liceo”, en OC, IV, 161]

Algunos días después nuestro adolescente Neftalí ensaya un soneto en la misma línea del rechazo y del aburrimiento frente al aprendizaje de

nociones que lo apartan de su ya definido destino de poeta: “Clase de Química en ultragrís”. Leamos sus dos cuartetos:

*Los alumnos hacen paralelepípedos
o copian grabados del libro de Química,
me roe el fastidio mordiente del bípedo
que siente la herida de la metafísica.*

*Odiosa ganguea la voz pedagógica! ...
ácido esteárico... química sintética...
tantas endiabladas curvas psicológicas
en la gelatina de mis energéticas!*

[en OC, IV, 165]

A primera vista se trata sólo de variaciones sobre el tópico romántico del artista sofocado por la sociedad burguesa, ávida de dinero y anclada a la terrestre sordidez del trabajo mecánico e industrializado. Pareciera que estamos ante un caso más del aspirante a poeta que rechaza el prosaísmo de la ciencia teórica y aplicada, cómplice de la degradación burguesa del mundo. Y sin embargo no, no es así. Porque por esos mismos años, muy significativamente, Neftalí Reyes está viviendo una auténtica “iniciación científica”, una experiencia personalísima, secreta, que será decisiva para la definición futura de su poesía y de su visión del mundo.

El involuntario productor de tal iniciación es su padre don José del Carmen Reyes, el rudo ferroviario, que habiendo verificado la propensión de su hijo hacia la literatura, y en particular, para colmo del horror, hacia la poesía—esa notoria actividad feminoide—, decide educarlo espartanamente para que en cambio se haga hombre. Nada mejor entonces que hacerlo madrugar y que se embarque con él y con sus peones en el tren lastrero a su cargo, ese tren de mantenimiento indispensable en la Frontera, región de grandes vendavales y lluvias que se llevarían los rieles si los espacios entre los durmientes no fueran continuamente reforzados con cascajo o piedrecillas. En busca de aquel material el tren de don José del Carmen se internaba por los ramales hasta el corazón mismo de la selva austral, como Neruda recordará muchos años después:

Debiendo excavar el lastre de las canteras, ese tren de mi padre permanecía en cualquier rincón selvático por semanas completas. El tren era novelesco. Primero, la gran locomotora antigua, luego los innumerables carros planos en los que la pala excavadora depositaba las pequeñas montañas de la entraña terrestre, después los carros de los peones, por lo general rudos gañanes de vida desordenada, y luego el vagón en que vivían sobre ruedas mi padre y el telegrafista. Todo esto en medio de faroles de vidrios verdes y rojos, de banderas de señales y mantas de tempestad, de olor a aceite, a hierros oxidados, y con mi padre, pequeño soberano de barba rubia y ojos azules, dominando como un capitán de barco la tripulación y la travesía.

Viajé muchas veces por los ramales en esta casita de mi padre que se detenía junto a la selva primaveral, selva virgen que me reservaba los más espléndidos tesoros, inmensos helechos, escarabajos deslumbrantes, curiosos huevos de aves silvestres.

—Neruda , *VDP*, 1962, en *OC*, IV, 1279-1280

Cuando el tren se detiene junto a las canteras próximas a Boroa, a Hualpín, a Carahue, a Vilcún, el niño vaga entre los árboles mientras los peones pican piedra. Sus exploraciones despiertan la curiosidad de estos hombres rudos que vienen de aldeas perdidas, de suburbios miserables o de varios años de cárcel, y que pronto comienzan a ayudarlo. Al menor descuido de don José del Carmen dejan la cantera y entran en la selva para volver con las alimañas que fascinan a Neftalí, como ese enorme coleóptero que en Chile llamamos *la madre de la culebra*, un titán acorazado. A veces el niño, habiéndose alejado del tren paterno, se encuentra de pronto solo y perdido en medio de la densa foresta, indeciso entre el pavor y la curiosidad. Lo recordará incluso al final de su vida, en el pórtico de sus memorias:

Se hunden los pies en el follaje muerto, crepitó una rama quebradiza, los gigantescos raulíes levantan su encrespada estatura, un pájaro de la selva fría cruza, aletea, se detiene entre los sombríos ramajes. Y luego desde su escondite suena como un oboe... Me entra por las narices hasta el alma el aroma salvaje del laurel, el aroma oscuro del boldo... El ciprés de las Guaitecas intercepta mi paso... Es un mundo vertical: una nación de pájaros, una muchedumbre de hojas... Tropiezo en una piedra, escarbo la cavidad descubierta, una inmensa araña de cabellera roja me mira con ojos fijos, inmóvil, grande como un cangrejo... Un cárabo dorado me lanza su emanación mefítica, mientras desaparece como un relámpago su

radiante arco iris... Al pasar cruzo un bosque de helechos mucho más alto que mi persona [...] Un tronco podrido: qué tesoro!... Hongos negros y azules le han dado orejas, rojas plantas parásitas lo han colmado de rubíes, otras plantas perezosas le han prestado sus barbas, brota, veloz, una culebra desde sus entrañas podridas, como una emanación, como que al tronco muerto se le escapara el alma...

—Neruda, *CHV*, “El bosque chileno”, en *OC*, V, 399-400

Espero adviertan ustedes la sustantividad y la precisión del lenguaje de Neruda, lejos de los vagos ditirambos y de la retórica de exaltación a que nos han habituado no pocos poetas al intentar la representación lírica de la naturaleza. Lo cual reconoce origen en aquellos extravíos de niño en la selva austral, que fueron para Neruda una doble experiencia fundacional, una doble iniciación. Por un lado, iniciación estética y sensorial, escuela de formas y texturas, el ingreso a una mentalidad poética sustancial; por otro lado, iniciación al conocimiento objetivo del mundo, a la observación minuciosa y precisa de lo real, al apasionado interés por los seres vivientes y por los objetos que pueblan el escenario del hombre, en suma, el ingreso al rigor de la mentalidad científica.

Nunca supo don José del Carmen que fue su propia locomotora la culpable de haber logrado el efecto contrario al que buscaba, puesto que precisamente de las incursiones a la selva austral nació el poeta Neruda. Menos pudo imaginar que de esas mismas incursiones nacerán igualmente el botánico Neruda, el entomólogo Neruda, el ornitólogo Neruda, y que más tarde, cuando llevará a su hijo al océano de Puerto Saavedra, siempre tratando de alejarlo de la poesía, estará creando las condiciones para que años después nazca también el malacólogo Neruda, o mejor, el oceanólogo Neruda con especialización en malacología, experto conocedor y coleccionista de caracolas de todas las costas del mundo. Para decirlo de una vez: en aquellas primordiales experiencias de infancia y adolescencia—la selva y el océano—reconocen su origen no sólo la dimensión poética de Neruda sino también su dimensión científica.

A esta altura de mi discurso importa aclarar que no estoy inventando o inflando un aspecto marginal de nuestro poeta, con ánimo—por ejemplo—de congraciarme con los médicos que me escuchan o para solicitar que le perdonen la vida a un hombre que la dedicó a un asunto tan

vago y poco científico como parece ser la poesía. De verdad, la ciencia no le fue ajena a Neruda. Más aún, lo que definirá su grandeza como hombre y como escritor, es que ambas mentalidades, la poética y la científica, en él tenderán a fundirse, a funcionar unidas, a ser una sola, inseparablemente (como debe ser). Tenderá a superar la tradicional dualidad de las dos culturas. Por eso el botánico, el ornitólogo, el entomólogo, el malacólogo Neruda no serán extravagancias del poeta, sino figuras plenamente integradas a su identidad nuclear, la del poeta.

La iniciación científica fue en Neruda iniciación telúrica, la primera gran lección de la materia viva. El bosque chileno introduce a Neftalí en el misterio de la interdependencia *vida/muerte* que más tarde estará siempre en su mejor poesía, en textos como “Galope muerto” de 1926, “Entrada a la madera” de 1935 o “Alturas de Macchu Picchu” de 1946. En la prosa citada, notar el curioso énfasis sobre un aspecto que no suele interesar a los poetas: «*Un tronco podrido: qué tesoro!*» Al recordar su entusiasmo de niño frente a un proceso de biodegradación, Neruda nos visualiza el precoz origen de una intuición que devendrá clave en toda su obra, vale decir, la dialéctica *vida/muerte* como condición y dinámica de la Vida.

Ahora bien, las experiencias adolescentes del bosque y del océano no se proyectan de inmediato a la escritura de Neftalí sino en modo vago y convencional. Sólo desde los *Veinte poemas de amor* la presencia del sur alcanza una primera traducción lírica verdadera, auténtica y personal. Pero la vivencia profunda y objetiva de la naturaleza austral, aquella experiencia táctil, visual y auditiva, interiorizada por el muchacho gracias a las excursiones a que lo obligó su padre, todo ese íntimo bagaje permanece latente, subconsciente, reprimido, y comienza a aflorar sólo diez años más tarde, cuando Neruda vive en España. Subrayo aquí el rigor, llamémoslo ‘científico’, de tal silencio, en cuanto el poeta calla y expresará aquella vivencia primaria sólo cuando siente que ha adquirido el lenguaje y la forma estructurante adecuados a su formulación. A este nivel Neruda fue siempre un escritor de una autenticidad, de una honestidad artística de veras excepcional en nuestro medio.

Las crónicas de viaje escritas entre 1927 y 1930 para *La Nación* de Santiago suponen la segunda iniciación poético-científica de Neruda. Esas

crónicas despliegan una nueva cuanto extraordinaria capacidad de observación y de atención minuciosa, y precisa, a los detalles de una realidad desconocida o diversa. Por primera vez escribe Neruda el inventario de un mercado, el de Colombo en Ceilán. Hay otra crónica cuyo título, “Contribución al dominio de los trajes”, sugiere ya el entusiasmo descriptivo del vestuario multicolor de las mujeres en Ceilán y en Birmania. Y aún hay otra, “Madrás: contemplaciones del Acuario”, que se puede leer como la introducción de Neruda a la oceanografía. En noviembre de 1927, a pocas semanas de haber desembarcado en Rangoon, Neruda y su amigo Álvaro Hinojosa atraviesan de nuevo el Golfo de Bengala hasta Madrás, ciudad situada sobre la costa oriental de la India.

La razón del viaje es visitar el famoso Acuario de Madrás. Para Neruda es su primera lección sistemática de oceanografía. Hasta entonces el mar que conoce es la costa de Bajo Imperial o Puerto Saavedra, el mar fronterizo que forma parte del territorio sentimental y subjetivo de los *sueños* del poeta, y el mar de Valparaíso. En Madrás lo espera la introducción al mundo oceánico en sí mismo.

Vamos al Acuario Marino... Hay no más de veinte estanques, pero llenos de excelentes monstruos...hay inmensos peces caparazudos y sedentarios, leves medusas tricolores, peces canarios, amarillos como azufre... pequeños seres elásticos y barbudos, graciosos *maderas* que comunican a quien los toca un sacudimiento eléctrico, peces dragones trompiformes, aletudos, enjaezados de defensas, parecidos a caballeros de torneo medieval, con gran ruedo de cachivaches protectores... Los hay como cebras, como dominós de un baile subterráneo, con azules eléctricos, con grecas dibujadas en bermellón... Ahí están las siniestras cobras del mar, iguales a las terrestres y aún más venenosas... Al lado de ellas, metidas todas en una pequeña gruta, las murenas del Océano Índico, crueles anguilas de vida gregaria... inútil intentar separarlas... Son un feo montón de brujas o condenadas al suplicio moviéndose en curvaturas inquietas, verdaderas asambleas de monstruos viscerales... peces que caminan en dos pies como humanos; habitantes del mar nocturno... dan idea de un mundo desconocido, casi humano: condecorados, guerreros, disfrazados, traidores, héroes, se revuelven en un coro mudo y anhelante de su profundísima soledad oceánica... colores en movimiento, con sus bellas formas de bala o de ataúd.

—Neruda, noviembre 1927, en *La Nación* del 05.02.1928

Antes de dejar Chile en 1927, el mar era en los textos de Neruda sólo uno de los escenarios de su intimidad. En la prosa que acabo de citar, en cambio, el lenguaje poético se subordina al objeto descrito, se pone al servicio de la visualización exacta de lo real apelando a la experiencia y a la capacidad imaginativa del lector. Que es lo que hacen, no siempre con tanta gracia, los libros de divulgación o de explicación científica.

El oceanógrafo Neruda tendrá menos problemas que el botánico o el ornitólogo Neruda, precisamente porque el mar establecía una distancia que facilitaba la visión y la traducción verbal del poeta. Durante 1929 vivió a pocos metros del mar en Wellawatta, isla de Ceilán, en un lugar que el tsunami de la navidad 2004 arrasó, menos mal que no hubo uno similar durante la navidad de 1929. Probablemente entonces inició Neruda a recoger las caracolas, tarea que crecerá durante los primeros años '40 en las costas mexicanas de Baja California y en las de Varadero en Cuba, donde trabó amistad con el malacólogo cubano de fama mundial, don Carlos de la Torre. Se sabe que años después el gran biólogo Julian Huxley, hermano del novelista Aldous, llegará a Chile y querrá conocer no al poeta sino al malacólogo Pablo Neruda. Hacia 1939 un bellissimo poema, y diez años más tarde, durante su exilio en Europa, un entero capítulo del *Canto general* (el XIV con sus 24 poemas) dedicará Neruda a desarrollar su cartografía poética y científica del Gran Océano. El mar era lo único que este omnívoro coleccionista de las cosas del mundo no podía meter en su casa, de ahí que su residencia principal fue siempre la nave terrestre de Isla Negra. En 1972, debilitado por su enfermedad terminal, el embajador Neruda invocará desde Francia al océano de Chile para que lo ayude a revivir:

*No, yo me niego al mar desconocido,
muerto, rodeado de ciudades tristes,
mar cuyas olas no saben matar,
ni cargarse de sal y de sonido.
Yo quiero el mío mar, la artillería
del océano golpeando las orillas,
aquel derrumbe insigne de turquesas,
la espuma donde muere el poderío.*

*No salgo al mar este verano: estoy
encerrado, enterrado, y a lo largo
del túnel que me lleva prisionero*

*oigo remotamente un trueno verde,
un cataclismo de botellas rotas,
un susurro de sal y de agonía.*

*Es el libertador. Es el océano,
lejos, allá, en mi patria, que me espera.*

[“Llama el océano”, en *OC*, III, 819-820]

La configuración poético-científica de la selva y sus habitantes será más lenta y más difusa. Justamente la temprana familiaridad con que el niño Neftalí vivió su experiencia forestal hacía más difícil su formulación. Para lograr esa formulación los muchos modelos convencionales o habituales establecidos por la tradición literaria (y que la escuela nos hace conocer) eran insuficientes para la ambición expresiva de Neruda, que instintivamente buscaba traducir la especificidad única de aquella experiencia personal. A la resolución de este problema contribuirá en modo decisivo el proceso de redefinición política que atraviesa Neruda durante los años '30, vale decir, el tránsito desde el anarquismo juvenil al antifascismo y a la militancia comunista. La vocación científica del marxismo va a hacer buenas migas con la natural propensión materialista que el bosque había desarrollado desde muy temprano en Neftalí.

A fines de los años '30 inicia Neruda la escritura de un *Canto general de Chile*, cuyos primeros poemas incluyen algunos que se titulan “Botánica”, “Araucaria”, o los trípticos “Peumo—Quilas—Drymis Winterei” por el lado del botánico, y “Chercanes—Loica—Chucaco” por el lado del ornitólogo. Nos llevaría horas sólo citar los títulos de los textos en que Neruda elaboró con su mentalidad totalizante, poética y científica a la vez, la representación verbal de flores, arbustos, árboles, de insectos, pájaros, bestias de todos los tamaños, desde la lagartija al elefante. Basta hojear sus varios libros de *odas elementales* para recorrer un abundante repertorio vegetal que incluye odas a la alcachofa, a la cebolla, a flores azules y amarillas, al tomate, a la papa, al trigo de los indios, al algarrobo, a la ciruela, al limón, a la magnolia, al maíz, a la manzana, a la naranja, al alhelí, al aroma, a un ramo de violetas. En campo ornitológico encontraremos odas al pájaro sofré, a la gaviota, al picaflor, y años más tarde un entero libro, *Arte de pájaros* de 1966, con poemas cuyos títulos

son nombres de pájaros reales y pájaros imaginarios, inventados, pero todos con sus nombres científicos en latín (reales e inventados también ellos) a modo de subtítulos. En campo ictiológico hay muchos poemas y algunos enigmas, como el que concierne al pez entre anillos armilares que caracteriza al logo nerudiano. Aconsejo por último no olvidar el extenso “Bestiario”, poema del libro *Estravagario* (1958), que si bien fue escrito en clave lúdica y posmoderna, es decir ajena al tono de seriedad de los textos antes citados, supone de todos modos un notable bagaje de zoología.

En suma, no dispongo de tiempo para señalar a ustedes todas las huellas textuales de la dimensión científica en la obra de Neruda. Pero no resisto a recordarles un síntoma particularmente significativo, una explícita prueba de mis afirmaciones. A comienzos de los años '60 el poeta escribe un prólogo a un libro publicado en 1963. Ese prólogo de Neruda trae el siguiente título: “El hombre más importante de mi país”, refiriéndose al autor del libro. Ahora bien, les puedo asegurar que nunca una frase de tal calibre habría sido escrita por Neruda sin plena responsabilidad y convicción. Y tanto menos si era el título de un texto suyo. Neruda tomaba muy en serio cada palabra que salía de su pluma.

Y entonces, ¿quién era esa persona a la que Neruda consideró adecuado llamar el hombre más importante de mi país? Pues era un médico, un hombre de ciencia, de esos que en otros tiempos eran reconocidos con el epíteto *sabio* por la amplitud y universalidad de sus conocimientos: era el profesor doctor Alejandro Lipschütz, médico de origen lituano que llegó a Chile huyendo del horror nazista, que enseñó durante algunos años en la Universidad de Concepción y después en Santiago, y que en paralelo a sus investigaciones en campo oncológico dedicó un notabilísimo esfuerzo a la antropología. El libro prologado por Neruda era en efecto de esta índole, su título: *El problema racial en la conquista de América y el mestizaje* (1963). Cito algunos momentos dispersos del prólogo de Pablo:

El hombre más importante de mi país vive en una vieja casa que enfrenta la gran cordillera... aunque nórdico originario, tiene poco o nada que ver este gran hombre frágil con la nieve. Más bien podría buscársele parentesco con el fuego... El fuego es impaciente, devora sin continuidad. Pero nuestro amigo, en su vieja casa de Los

Guindos, no sólo reduce a cenizas la necedad y la mentira, sino que establece la verdad cristalina construyéndola con todos los materiales del conocimiento...

Recuerdo una vez, y era tarde, y desde los altos Andes habían bajado cubriendo nuestras vecinas habitaciones las tinieblas frías del invierno de Chile. Aquel día lo había visto yo a mi amigo en su laboratorio y había soportado el tormento de que me mostrara uno a uno tumores y probetas, cifras hormonales, pizarras llenas de números: todos los elementos de su lucha fructífera con el cáncer...

De pronto sonó el teléfono, en la noche. Era su voz que me decía, excusándose con la extrema cortesía que es el escudo de su noble audacia: «No puedo, Pablo, resistir. Debo transmitirle esta maravillosa poesía», y por quince minutos, trabajosamente, me tradujo verso por verso, páginas y páginas de Lucrecio [*De Rerum Natura*]. Su voz se elevaba con el entusiasmo. En verdad, la espléndida esencia materialista me pareció flagrante, instantánea, como si desde la casa de Los Guindos la más antigua sabiduría y poesía iluminaran, en la sombra de mi ignorancia, el amanecer nuclear, el despertar del átomo.

—de Neruda, “El hombre más importante de mi país”, en *OC*, IV,
1187-1190

Aparte el doctor Lipschütz, Neruda conoció durante su vida y trabajó amistad con importantes figuras de la ciencia del siglo XX, entre ellos los marxistas Frédéric Joliot-Curie, Paul Langevin y John Desmond Bernal, sintiéndolos próximos a su propia actividad de poeta, incluso más próximos que ciertos escritores de profesión. En particular, uno de sus más entrañables amigos fue el científico inglés de fama mundial John Desmond Bernal, profesor de física entre 1938 y 1963, y de cristalografía entre 1963 y 1968 en la Universidad de Londres, y que realizó también importantes investigaciones en el campo de la biología molecular. Cuando Neruda supo de la muerte de Bernal en 1971, él mismo atravesaba una fase difícil de su vida, complicada entre otras cosas por los crecientes síntomas de una grave enfermedad y por sus tareas de embajador en París, aparte el Premio Nobel de ese año, pero se dio tiempo para el recogimiento y para escribir unos versos privados en homenaje y memoria de su amigo, de los cuales leo un fragmento:

*Bernal, esta palabra
tiene fuego y sonido.*

Si la gritamos desde un campanario

*sucede un vuelo blanco de palomas,
se despliegan las ondas de la luz.*

Bernal! Bernal!

*Un hombre
silencioso.
Vino de un laberinto
hacia nosotros.
Son terribles los libros,
las montañas,
los subterráneos del conocimiento:*

*la materia
hecha número,
la exactitud
del infinito,
la fórmula del miedo,
las llaves de la piedra,
los ojos
de la energía inmóvil
lista para saltar y destruir,
allí
en el laberinto
donde todo es número y línea.
Cuidado!
Todo está vivo y arde!
Este número cuatro es un volcán.
Este número siete es un león.*

*El Maestro bajó del laberinto,
sencillo como un viejo domador
que desafió al misterio tantas veces
y se dispuso a andar entre nosotros,
a darnos su sencillez y su sabiduría.*

*Trabajó demasiado con nosotros.
No supimos cuidarlo.*

[...]

*Profesor, compañero,
muchas gracias por todo,
por tu valor, por tu sabiduría,
por tu nombre.*

*Seguiremos cantando
desde lo alto.*

*Bernal!
Bernal!*

Y volarán palomas.

[“Para Bernal”, en *OC*, V, 325-327]

En este homenaje a Bernal se advierte la perspectiva totalizante de Neruda, en la que la admiración hacia el trabajo científico se mezcla a la inquietud por los riesgos de una utilización inhumana de la aplicación tecnológica de las conquistas de la ciencia. Lo cual significa que para Neruda la ciencia, como el arte y la literatura, no es separable del comportamiento político y social de quienes investiguen y exploren y desafíen los misterios de la materia, de la vida, y en particular de quienes controlen y se apropien de sus resultados. Neruda nunca fue indiferente a este problema. Mucho menos lo sería hoy.

Para concluir, que Neruda se despidiera de ustedes con un texto suyo que quizás sea el más afín al programa de ponencias y discusiones que animará este congreso en Pucón. De Pablo Neruda, su “Oda al hígado” incluida en la *Nuevas odas elementales* (1956):

*Modesto,
organizado
amigo,
trabajador
profundo,
déjame darte el ala
de mi canto,
el golpe
de aire,
el salto
de mi oda:
ella nace
de tu invisible
máquina,
ella vuela
desde tu infatigable
y encerrado molino,
entraña
delicada
y poderosa,
siempre
viva y oscura.*

Mientras

*el corazón suena y atrae
la partitura de la mandolina,
allí adentro
tú filtras
y repartes,
separas
y divides,
multiplicas
y engrasas,
subes
y recoges
los hilos y los gramos
de la vida, los últimos
licores,
las íntimas esencias.*

*Viscera
submarina,
medidor
de la sangre,
vives
lleno de manos
y de ojos,
midiendo y trasvasando
en tu escondida
cámara
de alquimista.
Amarillo
es tu sistema
de hidrografía roja,
buzo
de la más peligrosa
profundidad del hombre,
allí escondido
siempre,
sempiterno,
en la usina,
silencioso.*

*Y todo
sentimiento
o estímulo
creció en tu maquinaria,
recibió alguna gota
de tu elaboración
infatigable,
al amor agregaste
fuego o melancolía,
una pequeña
célula equivocada
o una fibra*

*gastada en tu trabajo
y el aviador se equivoca de cielo,
el tenor se derrumba en un silbido,
al astrónomo se le pierde un planeta.*

*Cómo brillan arriba
los hechiceros ojos
de la rosa,
los labios
del clavel
matutino!
Cómo ríe
en el río
la doncella!
Y abajo
el filtro y la balanza,
la delicada química
del hígado,
la bodega
de los cambios sutiles:
nadie
lo ve o lo canta,
pero,
cuando
envejece
o descarga su mortero,
los ojos de la rosa se acabaron,
el clavel marchitó su dentadura
y la doncella no cantó en el río.*

*Austera parte
o todo
de mí mismo,
abuelo
del corazón,
molino
de energía:
te canto
y temo
como si fueras juez,
metro,
fiel implacable,
y si no puedo
entregarme amarrado a la pureza,
si el excesivo
manjar
o el vino hereditario de mi patria
pretendieran
perturbar mi salud
o el equilibrio de mi poesía,
de ti,*

*monarca oscuro,
distribuidor de mieles y venenos,
regulador de sales,
de ti espero justicia:*

*Amo la vida! Cúmpleme! Trabaja!
No detengas mi canto.*

[“Oda al hígado”, en *OC*, II, 331-334]

No me permitiré ningún comentario sobre la exactitud o sugestión ni sobre los eventuales desvíos o equivocaciones de esta “Oda al hígado”. Dejo la tarea al Prof. Dr. Alejandro Cotera, que entre sus diálisis, bisturís, trasplantes, lecciones, sesiones de departamento, le dedica algún tiempo a leer, a releer y a examinar los recovecos de esta oda de Neruda, y me ha prometido un ensayo al respecto. Para quienes conocen la sensibilidad y la curiosidad cultural del Prof. Dr. Cotera, o sea para todos ustedes, lo que digo no es una novedad. Quedamos en espera del resultado.

Y un último mensaje. Si ustedes no las conocen pero si tendrán ocasión o voluntad de visitar las dos bibliotecas personales que dejó Pablo Neruda, la más antigua conservada por el Archivo Central de la Universidad de Chile desde 1954 y la más reciente conservada por la Fundación Neruda, estoy cierto de que quedarán sorprendidos y hasta maravillados por la cantidad y por la belleza de los antiguos libros científicos que el poeta adquirió en todos los rincones del mundo, libros que nunca faltaban en el velador de su dormitorio, y cuyos textos y grabados releía y acariciaba cada noche. No sólo libros europeos o manuales de malacología sino en particular libros relativos a nuestro país, como el de Amado Pissis, *Geografía física de la República de Chile* (1875), o los clásicos de Philippi y de Claudio Gay sobre las aves de Chile, entre muchos otros. Yo creo que Neruda, dondequiera que esté, se sentirá feliz si tras conocer las bibliotecas del poeta cada uno de ustedes se sentirá aún más estimulado a superar las barreras entre las dos culturas y a introducir en sus propias bibliotecas de médicos o investigadores, abierta o subrepticamente, algunos libros de ese alimento indispensable que es la literatura y, en particular, la poesía.

Abreviaturas

CHV Pablo Neruda, *Confieso que he vivido / Memorias*. Barcelona, Seix Barral, 1974, y en OC, V, 395-789.

OC Pablo Neruda, *Obras completas*, edición de Hernán Loyola, 5 volúmenes. Barcelona, Galaxia Gutenberg & Círculo de Lectores, 1999-2002.

VDP Pablo Neruda, “Las vidas del poeta. Memorias y recuerdos”, diez crónicas autobiográficas, en *O Cruzeiro Internacional*, Rio de Janeiro, enero-junio 1962.